

Hervé Clerc

A Dios por la cara norte

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

El Árbol del Paraíso

Índice analítico

<i>Prólogo</i>	15
I. CÓMO BUSCAR AL ELEFANTE	25
1. Historia de un rey del Indostán	27
<i>El amado universal - Quien quiera perlas debe bucear - Una crítica de monsieur Bertin - Beneficios del yoga - Provincialismo - Historia del rey que renuncia a su reino - Samsara y atman - El rey alcanza el atman - Parte hacia el norte.</i>	
2. Filosofía y religión	33
<i>El filósofo sabe no hacer nada - La filosofía, el arte de mantenerse alerta - Uso singular de la palabra «filosofía» en este libro - Ver con claridad lo que no vemos con claridad - La filosofía como ejercicio - El ardor - Un maestro exigente.</i>	
II. ALGUNOS INDICIOS	37
1. El elefante llamado «Dios»	39
<i>Etimología de la palabra «Dios» - Paradoja de la luz: por qué no la vemos - Nos hace felices - La palabra «místico» - Una visión de Ibn Arabi (cómo proceder con Dios) - El profeta y la carroña - Etimología (continuación y fin) - En el fondo del pozo - Otras perspectivas del sufismo.</i>	

2. El elefante llamado «lo real»	52
<i>Lo real, lo verdadero, el uno —es todo uno— - Desacuerdos con lo real - Jean Tirole y Hallaj - Recapitulemos.</i>	
III. ¿ACASO EXISTE?	55
1. Por qué Dios no existe	57
<i>Naturaleza semántica del debate - Ser y existencia: una lección de los griegos - Nuestra necedad - La existencia, incompatible con la idea de Dios.</i>	
2. Por qué Dios existe	60
<i>Una «presencia» - Allí donde te encuentres, ese es el mejor lugar - Ausencia - Jacqueline Frié - Tocar tierra.</i>	
3. El Maestro Eckhart: en el fondo y en el trasfondo	66
<i>La deidad: la caída libre de Dios - «Dios se transforma y pasa» - Cuando se dice «Dios, ya es demasiado tarde», estamos fuera - Condena del Maestro Eckhart: «Quiso saber más de lo conveniente» - Una ley de la mística: a quien nada retiene en la superficie, cae al fondo.</i>	
4. Ya ha sido visto	71
<i>El Mithaq, conocimiento inaugural de Dios - Es Él - Desigualdad memorial en Fedro - Matanza halal - El hombre que había perdido la cabeza.</i>	
IV. FRAGMENTOS DE ELEFANTE	77
1. El ser humano conectado	79
<i>Una cita de Pitágoras - Etimología de la palabra «religión» - El hombre conectado y el sentimiento que tiene de su falta de importancia - El yoga: unión.</i>	

2.	Fragmento número uno: el hinduismo	83
	<i>La Weltanschauung para siempre - Los seis darshanas - Palabras clave - «Politeísmo» hindú - Los dioses y el pequeño fantasma - Por qué hay que leer las Upanishads.</i>	
3.	Fragmento número dos: el islam	98
	<i>Bruce - Una visión general de Claude Lévi-Strauss - El jardín-paraiso - «Está todo» - Dos «atajos»: la Fatiha y la Shahada - Discernimiento: furqán - La experiencia coránica - El lomo, el vientre y la máscara del Corán - El profeta: «Su naturaleza era el Corán» - La crisis del islam.</i>	
4.	La experiencia insigne	123
	<i>Una visión general de René Grousset - Diferencias entre el islam y el hinduismo - La unidad de lo real - Experiencia de la unidad: sus dos aspectos y el carácter artificial de dicha distinción - La muerte iniciática - Extinción de la extinción - Abandono - Imprudencia del filósofo.</i>	
V. EL ELEFANTE LLAMADO «ESO»		131
1.	«Tú eres eso»	133
	<i>Recuerdo del comandante Masud - Doble cara - La frase suprema - Ève - La cebolla - Comida en el barrio latino - El elefante llamado «atman»: no nos acercamos a él, no nos alejamos de él, no lo rodeamos.</i>	
2.	La ética: una cuestión de reconocimiento	148
	<i>Amar al prójimo «como a uno mismo» - La ética a ocho mil metros de altitud - La ética a orillas del Ganges - La ética en el Hospital Militar de Kabul.</i>	
3.	«Eso» no plantea problema	153
	<i>El problema del mal - Se plantea de forma distinta en el islam</i>	

y en el cristianismo - No se plantea en el hinduismo - La solución de Leibniz - El terremoto de Lisboa: «A la providencia se la han metido doblada» - La solución de Michael Lonsdale - ¿Para qué sirve el atman?

VI. ¿QUIÉN HA ESCONDIDO AL ELEFANTE? 159

1. Ilusión 161

Enigma de la evidencia innegable - Lo que dice Shankara - Maya - Una realidad sui generis - Nos introduce «en el corazón del misterio propio del error» - Superposición - La cuerda y la serpiente - Giacometti y las gallinas - Tres imágenes: la luna, el espejo y el guante - Nudo doble de Descartes - Ramana - muja el bhakta.

2. Realización 167

El vaivén cósmico de Dios - «Dios es un realizador de todas las cosas» - Una frase de Issa: «al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará» - Artesanía divina.

3. *Ti*, una sílaba en apuros 171

La verdad «sostiene» la ilusión - Las tres sílabas de la palabra satyam («verdad») son como los dedos de la mano - La ilusión (ti) no está aislada, sino que está sostenida por sus vecinas sa y yam - Quien ve las cosas así ya no tiene miedo.

VII. EL ELEFANTE EN SITUACIÓN
DE MONOPOLIO 173

1. El único que devora 175

La visión de Ruzbehan - El león devoró a los ciento veinticuatro mil profetas - Todo es máscara - Nombres del Dios impersonal - Regreso a Hallaj y a Bayezid - Por qué los ciegos no ven al elefante.

2. El único que conoce 177
«La gente está dormida y, cuando muere, despierta» - Dios dice: «Yo era un tesoro oculto» - El aviador - El contrapunto - Gracias al mundo, Dios se conoce a sí mismo - Nombre divino: al-Alim («el Conocedor») - Alcibiades mayor: el hombre no se conoce más que por medio de otro hombre.

3. El único que actúa 180
La ilusión de la piedra lanzada al espacio - Una curiosa impresión - El asesinato del presidente Kennedy - La «envidia de los dioses» - La tragedia: brecha hacia la unidad de lo real - Dios, «Causador» universal - Nadie asesina, y nadie es asesinado - El hombre como una marioneta.

VIII. EL ELEFANTE LLAMADO DE OTRA MANERA 185

1. Las dos primeras frases deslumbrantes 187
Frases locuaces, frases deslumbrantes - Chateaubriand: «ya no hay telón» - Un tendero amaba a una mujer - «La cosa misma» (Franz Meyer ante un cuadro de Bram van Velde) - Un par de zapatos, cuadro de Van Gogh - Uno de los nombres divinos del islam: al-Fattah («el que siempre abre») - Cena con Charles Juliet.

2. Philippa: la tercera frase deslumbrante 198
El punto abierto - Antes de la avalancha - El Espíritu - «Hace llorar» - Acogida - ¡Nos acogen! - El fuego que derriba - La falla se ensancha - Regreso - «Lo que causa la caída debe servir para levantarse» - Mania - Recapitulemos.

IX. APARICIONES FURTIVAS 205

1. El desierto crece 207
Un lugar de desolación - Sin combustible - La fase oscura de

	<i>la iniciación - Veinticuatro maestros se reunieron - Limpieza - Algo viene - Es totalmente nuevo.</i>	
2.	Modernidad	211
	<i>Salir del pensamiento cerrado - Nosotros, herederos de la Ilustración - Las preguntas del insensato - «Otro te ceñirá para llevarte adonde no querrías» - Giacometti de nuevo: el derrochado magnífico.</i>	
X.	CON LOS OJOS ABIERTOS	215
1.	Meditación	217
	<i>Meditación sentado en un zafu - Meditación generalista - La estrategia del espejo - Desbocamiento - Ponerse en reposo - El loto y la gota de agua - En el brocal del mundo.</i>	
2.	El grito	220
	<i>En Túnez, Ibn Arabi grita como un sordo.</i>	
3.	Meditación (continuación y fin)	221
	<i>Uno de los nombres divinos del islam: al-Raqib («el Testigo») - Un huésped singular - Cómo asoma el ojo - Lo observo a mi vez - Ocupa cada vez más sitio - Entre nosotros ya no hay telón - Parábola de los dos pájaros.</i>	
	Epílogo	225
	Apéndice. Entre líneas	229

Para Pascale

Prólogo

En uno de los textos sagrados que en la India llaman Upanishads, leemos lo siguiente: «No hay aquí abajo diversidad alguna. Va de muerte en muerte quien crea ver diversidad aquí abajo».

El mundo es uno. Ahora bien, lo vemos diverso. ¿Qué paradoja es esta?

Quien alcanza la unidad, añade el texto, deja a la muerte atrás. No sé si será verdad, pero he querido comprobarlo¹.

Sin duda la conocerán. Es la historia de los ciegos y el elefante. Ha sido contada mil veces, de formas siempre distintas, pero con un tronco común. Puede que sea de origen persa o tal vez indio. No se sabe. No es una historia graciosa. Se la cuento, en todo caso, porque va a servir de hilo conductor en este libro. Hela aquí: seis ciegos (o cinco o cuatro) viven en un pueblecito del Indostán (o de Persia). Un extranjero (a veces un rey) llega al pueblo a lomos de un elefante. Los ciegos comienzan a palpar al animal. «Es una columna gruesa», dice el que toca una pata. «Es un tubo rugoso», dice el que toca la trompa. «No os enteráis, amigos; es una gran escobilla», dice otro al toquetear la oreja. «Es una cuerda», dice el ciego que agarra la cola. Siguen discutiendo mucho tiempo.

¹ Este texto proviene de la Katha Upanishad. Las referencias, anunciaciones y atisbos se recogen en el apéndice al final de este libro, pero sin indicación numerada de reenvío en el texto, para no entorpecer la lectura. (*N. del A.*)

El elefante simboliza una realidad singular llamada «brahmán» por los hindúes, «Alá» por los musulmanes —aunque esta palabra abarque muchas otras cosas— y «deidad» por el Maestro Eckhart (uno de los grandes místicos de Occidente). Los ciegos aprehenden esta realidad única de forma fragmentaria. Ignoran que las cosas pueden adquirir, en determinadas condiciones, un fulgurante carácter de unidad. De modo que van «de muerte en muerte», como dice la Upanishad. Naturalmente, los ciegos somos nosotros.

¿Dónde está el elefante? Está siempre presente en todas partes (veremos quién lo dice), y, aunque brilla como mil soles, paradójicamente, no lo vemos («Tienen ojos pero no ven; tienen oídos pero no oyen»). Qué misterioso, ¿verdad? Nos encontramos ante una realidad que ocupa nuestro campo de consciencia de manera integral, pero se nos escapa del todo. Esta pequeña fábula nos presenta una categoría singular: la evidencia escondida, la incógnita abrumadora.

En Occidente, no sabemos designar al elefante entero. No disponemos siquiera de una palabra específica para nombrarlo. A veces lo llamamos «Dios». Pero el elefante no es Dios en el sentido en que ordinariamente lo entendemos. Es Dios en un sentido completamente distinto. De modo que, para evitar la confusión, cada vez que nos refiramos al elefante entero debemos aportar una aclaración: cuando digo «Dios», no pienso en un padre o un amigo, en el creador y señor de los mundos, a quien se reza en los templos, iglesias, sinagogas, mezquitas; no pienso en el guía, salvador, protector de los seres humanos. No sé si existe, pero, en todo caso, no pienso en él; él es el elefante en pedazos, mientras que yo palpo para encontrar al elefante entero.

¿Qué es el elefante entero? Es sencillo: la unidad de lo real.

¿Qué es la unidad de lo real? Si algún día se lo preguntan, y ese día se encuentran ustedes bien y, sobre todo, si nada, absolutamente nada, obstaculiza su espontaneidad, pueden levantar la mano, estirar el índice y señalar al gato al fondo del patio o la sopa de verduras en la olla. Es una respuesta abrupta, abrumadora, digna de un maestro zen. En lo que a mí respecta, soy incapaz de algo así —me supera—. Por ello, escribo este libro.

Al antiguo cuento oriental del elefante le hace eco, en Occidente, el mito de la caverna que nos cuentan Platón y su portavoz Sócrates en *La república*. Los seres humanos viven dentro de una caverna. Están resignados a vivir a oscuras y confinados. Peor aún: ni siquiera son conscientes de estar viviendo a oscuras y confinados. No imaginan que otra vida sea posible. Sobre una pared delante de ellos danzan sombras. No ven otra cosa. Están fascinados. Piensan que esas sombras son la realidad. Error. Para ver la realidad, tendrían que volver la cabeza —lograr volver la cabeza (nadie ha dicho que fuera fácil)— hacia la luz del día.

Occidente, con el paso de los milenios, ha olvidado esa lección inaugural de humildad. Hoy en día, la inmensa mayoría de los occidentales están convencidos de afrontar la realidad y, como prueba de ello, alegan el poder que tienen de transformarla. Miren cómo se extienden las ciudades, cómo surcan los cielos los aviones, cómo ahondan el mar las perforaciones, cómo disminuye la pobreza, cómo se alarga la duración de la vida: ¿no nos hemos convertido acaso, como profetizaba Descartes, en «amos y señores de la naturaleza»?

La divergencia entre esa visión conquistadora del mundo y una más tradicional, que sigue siendo, en profundidad, y cada vez de manera más secreta, la del islam y la India —nuestros dos principales «otros»—, es fundamental. Alimenta desde el interior lo que podríamos llamar, según Samuel Huntington, el «choque de las civilizaciones», que mejor sería llamar el «choque de las culturas». ¿Cómo entendernos si no tenemos el mismo concepto de lo real? ¿Del sentido de la vida? ¿De la relación con el mundo? ¿De la relación con el tiempo? ¿Del centro y la periferia? ¿Del uso de la razón?

A un lado o al otro (al nuestro o al suyo), ha habido —¿cuándo?, ¿cómo?, ¿por qué?— desviación, descentramiento y extravío de la inteligencia.

Una frase o una palabra son ambiguas cuando contienen dos o más sentidos que se distinguen poco o mal. Eso sucede con la palabra «Dios». Designa el ser personal, amigo y guía de los seres humanos, que yo

evocaba más arriba —es el primer sentido de la palabra, el que viene a la mente de manera natural—, pero también una realidad abisal, impersonal, sin forma ni figura, lisa, abrupta, vertiginosa, innombrable, que arrolla a ciertos «místicos» —palabra esta que también habrá que explicar—, filósofos, poetas, artistas e incluso, puede suceder, a personas totalmente ordinarias.

A este doble sentido de la palabra «Dios» corresponden dos abordajes diferenciados: por un lado, una mística «unitiva», ilustrada en Occidente por Plotino o Eckhart, y, por el otro, una mística dualista, cuya abanderada, de entre mil, es Teresa de Ávila. Los dos abordajes se solapan, se combinan en grado variable, y puede suponerse que la diferencia entre ambos termina reuniéndose, tal como los radios se reúnen en el buje de la rueda.

Esta ambivalencia se conoce poco. Sucede que los sabios —filósofos, sociólogos, científicos y hasta teólogos— emplean la palabra «Dios» como si su sentido fuera unívoco, como si hubiera sido fijado de una vez por todas. La situación es curiosa en el plano semántico, algo así como si no dispusiéramos más que de una sola palabra para designar al sol y a la luna: ¡cuántos malentendidos, cuántas disputas absurdas surgirían entre astrónomos que habrían podido evitarse inventando una palabra distinta, como desde hace mucho tiempo hacen los hindúes!

Un ejemplo: cuando Nietzsche anuncia, en *La gaya ciencia*, en medio de un torrente de palabras que atribuye a un insensato, que «Dios ha muerto», se entiende que utiliza la palabra en su sentido corriente: hace referencia al Dios de Abraham, Isaac, Jacob, Jesús, Mahoma, reconocible por el corazón y que hoy en día, por otra parte, nos parece que está tardando mucho en morir. Es el diagnóstico de Nietzsche. Los creyentes se dirigen a quien ya no oye, ya no responde, ya no recompensa, ya no protege, ni siquiera castiga ya. El gran Respondedor ha muerto. ¡Por fin libres!

Sin embargo, cuando Hannah Arendt, en *El pensamiento y sus consideraciones morales*, pronuncia que esa expresión de Nietzsche es «de un absurdo evidente en todos los aspectos», una expresión insensata estrictamente hablando, hace referencia al otro sentido de la misma: al

Dios sin cualidades ni atributos, sin fallas ni asperezas, agujero negro metafísico al que los teólogos asocian a veces, erróneamente, el calificativo de «trascendente». Eso no puede morir puesto que no nace. Al no entrar en la ratonera que llamamos «el devenir» (un elefante no cabe en una ratonera), no puede salir de ella. Es un lugar común de la teología.

Entre el Dios desnudo de los místicos y el Dios antropomórfico de los creyentes, existe una incompatibilidad lógica. El primero, a causa de su carácter absoluto, no permite que subsista ninguna realidad exterior a él. Esta es su característica principal: hace tabla rasa de la diversidad. «No tiene segundo», dice el vedanta, el gran pensamiento indio; «no tiene asociados», dice el islam. Miremos donde miremos —arriba, abajo, dentro, fuera—, es y está él. Pero, entonces, ¿por qué no lo vemos? El que todo lo traga no puede ser objeto de conocimiento porque, de ser así, habría que concebir un sujeto del conocimiento distinto de él. Imposible. En eso se asemeja a la cosa en sí de Kant (inaccesible al entendimiento humano), o a la materia oscura indetectable de los físicos.

Frente a una realidad sin exterior, se plantea la cuestión del estado de los seres que sí poseen un exterior, o que creen tenerlo, como nosotros, y del carácter fundado o no de dicha creencia.

El Dios personal y el Dios absoluto son tan diferentes el uno del otro como lo es el cielo de la tierra, dice un teólogo. No obstante, del silencio a la palabra; del vacío a la plenitud; de la cara norte a la cara sur; la experiencia demuestra que hay pasajes, ecos, emoción, interacciones. Cuando el Dios de los creyentes muere, como anuncia Nietzsche —pongamos que sea ahora—, ¿qué es de él? Una respuesta, que trataré de respaldar, es la siguiente: cuando Dios muere, lo que ocupa su espacio sigue siendo Dios, pero en el otro sentido de la palabra, el sentido oscuro que trato, en este libro, de aclarar. Si esta intuición es correcta, el fenómeno multifacético al que llamamos «modernidad» está gestando algo muy nuevo, muy sorprendente, desconcertante incluso, cuyos signos precursores ya podemos percibir.

Desde hace algún tiempo, los occidentales dan la espalda al Dios personal que las generaciones pasadas les transmitieron. Humano, demasiado humano, piensan. Está de pie, con los brazos cruzados, con el porte ligeramente rígido de alguien a quien se la han jugado una vez pero no se la van a jugar dos, y espera observando el horizonte: ¿qué va a ocurrir? El parto es difícil. Es un elefante entero lo que pide ver la luz. Y la puerta es estrecha...

A lo que tal vez suceda podemos seguir llamándolo Dios, pero también podemos llamarlo «nada» o «eso», o bien, como François Cheng, «lo Abierto». Por el momento, no es más que un punto negro en la pantalla. ¿Está creciendo? ¿Cómo podría crecer lo inmutable? ¿Una venda, dicen ustedes, se está cayendo? ¿Acaso ese gran cambio al que llamamos «modernidad» es una venda que se desintegra y se nos cae de los ojos? ¿Cada vez más rápido, dicen ustedes? Una cosa es segura: en el punto intermedio en el que nos encontramos, entre la desaparición y la aparición de «Dios», al ser humano le falta algo tan esencial como el sol para la tierra, y la luz para las plantas. Sí, podríamos llamarlo «el sentido de la vida».

Objeción: distingue usted dos realidades en la palabra «Dios», muy bien, pero, a ver, ¿por qué motivo lo habríamos esperado a usted, el autor, para dilucidar un asunto que, al fin y al cabo, suscita el interés general desde hace dos o tres mil años? La verdad es que nadie me ha esperado. El riesgo de confusión ha sido señalado en múltiples ocasiones. Y, sin embargo, cuando los teólogos, los filósofos o los místicos han querido ir a observarlo de cerca —y al decir esto estoy pensando en el Maestro Eckhart en Occidente, o en Mansur al-Hallaj en el islam—, se han topado de frente, cada cual en su contexto concreto, con los adeptos del pensamiento cerrado, esos a quienes llamamos «integristas», y se han visto obligados a callar. Cuando alguien los escuchó, su público fue tan escaso, tan disperso, que merece la pena repetir lo que dijeron, con nuestras propias palabras, hoy aún más que ayer, y hacer hincapié en sus consecuencias.

No es inconcebible que la indiferencia masiva de la que padece la religión en Occidente y la crisis paralela que crece en el islam tengan

por causa, entre otras, nuestra incapacidad de decir claramente de qué hablamos cuando decimos «Dios».

Cuando tenemos que vérnoslas con un tema semejante —muy distinto, por ejemplo, de la hambruna irlandesa de la patata en el siglo XIX—, se corre el riesgo de planear en la estratosfera. De modo que hay que tocar tierra a menudo, e incluso aferrarse al más mínimo arbusto, como en un vendaval. Por ese motivo he organizado mi investigación en torno a cierta cantidad de «nombres divinos», algunos de los cuales he tomado prestados del hinduismo, y otros, del islam —que son, respectivamente, la más antigua y la más reciente de las grandes religiones del mundo—. Esos nombres me han servido de puntos de anclaje. Han estabilizado mi trabajo y le han dado una pauta.

¿Qué nombres divinos? Todas las religiones califican a Dios, aunque sea para decir que es fundamentalmente incalificable. Dichos nombres están desprovistos de carácter dogmático. No pertenecen a nadie. Cada cual puede meditar sobre ellos, sea cual sea su religión o su ausencia de religión. De ahí su modernidad.

Una primera nomenclatura designa al Dios personal, cuya muerte anuncia Nietzsche: es el clemente, el misericordioso, el señor, el regente de los mundos, el protector... Una segunda serie designa al Dios abisal de los místicos —de algunos místicos— y filósofos: es el inmutable, el abandonado, el sin igual... Es «entendido» —forma muy inexacta de expresarse— diciendo lo que no es (no, el elefante no es una cuerda, no es una escobilla, no es una columna; no no, amigos; sigamos buscando, busquemos mejor).

No es ni esto, ni lo otro.

Ni... ni.

Esta manera de proceder se denomina a veces «teología negativa». Es tan absurdo —afirma el Maestro Eckhart— decir que Dios es bueno como decir que el sol es negro.

¿Por qué hemos elegido el hinduismo y el islam? ¿Acaso los nombres divinos del judaísmo y el cristianismo no son igual de ricos y

variados? Tomemos a un habitante de Sirio y dejémoslo en la complicada Tierra. Aún no ha perdido la sencillez de su mirada. En la religión, fenómeno vasto, multiforme y bullicioso —y, en ocasiones, repugnante—, percibe, de una sola ojeada, tres familias: los monoteísmos (el judaísmo, el cristianismo y el islam), las dos grandes religiones de la India (el hinduismo y el budismo) y los tres grandes «ríos» chinos (el taoísmo, el confucianismo y el budismo chino).

Para que fuese completa, y a fin de que el espectro del fenómeno religioso quedase ampliamente cubierto, no debía apoyar mi investigación en dos religiones de la misma rama —como son el islam y el cristianismo—, sino en dos religiones de sensibilidad y formulación diferenciadas. El budismo, derivación laica del hinduismo, no era apto para el acercamiento —los dioses ocupan en él un lugar marginal—. Tampoco el taoísmo, que, por pudor, evita nombrar el absoluto y se conforma con una designación *a minima*: el tao. El confucianismo está fuera de juego por mil razones. Quedaba, en la vertiente más oriental, el hinduismo, con sus miles de dioses, todos ellos máscaras del brahmán. En la vertiente monoteísta, el islam se impuso a causa del lugar central, formalizado y canónico que otorga a los nombres divinos.

Pero ¿por qué iba a ser necesario que el espectro del fenómeno religioso quedase ampliamente cubierto, como planea modestamente el autor? El propósito principal de este libro es arrojar algo de luz sobre el sentido oculto de la palabra «Dios», pero si, de paso, este trabajo iluminase la convergencia de dos grandes religiones —el islam y el hinduismo— que llevan mil años destruyéndose la una a la otra, ganaría utilidad. En un siglo que amenaza con terminar siendo fanáticamente religioso —así como el precedente fue fanáticamente nacionalista—, nada que refuerce la apertura de mente y la tolerancia resulta insignificante.

Existe una manera unánimemente elogiada de viajar que consiste en adoptar íntegramente los usos y costumbres de los países que se visitan. Ryszard Kapuściński, el autor polaco de *Ébano*, periodista de la agencia

PAP (Agencia de Prensa Polaca), viajaba así, al igual que Carsten Niebuhr, único superviviente de la expedición danesa que partió en enero de 1761 hacia la Arabia feliz, aventura magistralmente narrada por Thor-kild Hansen en su libro *La muerte en Arabia*. Aquellos hombres se fundían en el paisaje: eran africanos con los africanos, árabes con los árabes, pobres con los pobres, vivos con los vivos, muertos con los muertos, eran «todo para todos», como el apóstol Pablo. En cambio, existe otra manera de viajar que consiste, al otro lado del mundo, en reencontrarse con sus compatriotas, cultivar sus costumbres culinarias y hablar mal de los indígenas...

«Partir es morir un poco; morir es partir demasiado», dice el sabio. En todo hay que elegir una vía intermedia. Me he aventurado en ese mundo extraño de las grandes religiones de Oriente como el caracol: con mi casa a cuestas. ¿Qué casa? Nuestra casa común, Grecia, donde todas las cosas hallan sitio y medida. Sócrates, a menudo comparado con el sabio indio, me ha acompañado. Su benévola ironía, su sencillez, su mirada mordaz han actuado como contrapunto cuando me he visto confrontado con las inspiraciones místicas de la India y el islam. En esta vía ferrata, él ha sido para mí cuerda, casco y mosquetón.

¿Cómo, islam, la India, Grecia? ¿No es demasiado para un solo hombre? ¿Y acaso una de las máximas favoritas de Grecia no fue, precisamente, «Nada en exceso»? La persona moderada limita su búsqueda. Trataré de responder a esta objeción evocando más adelante la figura del humanista, el hombre que abarca en exceso. Me sobrepasa, tanto como el elefante sobrepasa a los ciegos; a pesar de ello, comparto su idea y creo que está plenamente de actualidad en nuestros tiempos de repliegue comunitario.

Como entre amigos conviene no ocultar la verdad, reconozco haber ejercido durante mucho tiempo el oficio de periodista, denigrado por personas serias, que a veces lo son, como Schopenhauer, o por otras que creen serlo y no lo son. Esta profesión tiene, en principio, dos facetas: el periodista debe hacer un trabajo de investigación y luego presentar su resultado de una forma rigurosa y placentera, útil y agradable, a sus lectores, escuchantes o espectadores. Recordando mi

antiguo oficio, he dado prioridad, en la medida de lo posible, a la vida sobre la abstracción; a la imagen sobre los conceptos; a los hechos, las historias y, en ocasiones incluso, las anécdotas sobre la teoría. Me ha parecido que cierta familiaridad o «estilo infantil» no estaban reñidos con la majestad de Dios y que hasta la hacía destacar más, como la nobleza de don Quijote en compañía del fiel Sancho.

El islam dice que Dios es astuto e incluso el «mejor de entre los astutos». La India dice que es jugador. Sus juegos son sorprendentes. El ratón se convierte en elefante, y viceversa. El orante, prosternado en el polvo, se ve catapultado a las estrellas. En la tinaja había agua y ahora hay vino: ¡sorpresa! Luego el vino vuelve a convertirse en agua. Así transcurre la vida humana, de un profeta a otro. Pero, para nosotros, es una sorpresa nueva. Dios ríe mucho mientras que el ser humano, pese a estar hecho a su imagen y semejanza, llora mucho.

No sería conveniente terminar este prólogo sin rendir homenaje a los grandes sabios y universitarios gracias a los cuales los seres humanos en busca de una visión abierta, la única defendible en un mundo abierto, pueden avanzar. Donde ellos sembraron otros recogen. He utilizado, en particular, para la vertiente india de este libro, las obras de Mircea Eliade, Olivier Lacombe, Jean Varenne, y, para el islam, las de Michel Chodkiewicz y Henry Corbin, Jacques Berque y Louis Massignon. He tenido a mano la obra de referencia de Daniel Gimaret, *Les noms divins en Islam* [*Los nombres divinos en el islam*], pero he utilizado sobre todo la más cómoda de Maurice Gloton, *Les 99 noms d'Allâh* [*Los 99 nombres de Alá*]. Me cobijo tras esas grandes autoridades como un creyente se protege de los azares de la vida guardando cuidadosamente en el forro de su ropa la caligrafía de un nombre divino.